

CRÓNICA

EL PALACIO DEL REY PLANETA. FELIPE IV Y EL BUEN RETIRO

Madrid, 6 de julio a 27 de noviembre de 2005, Museo Nacional del Prado

Siguiendo su política de *marketing* el Museo del Prado ha vuelto a cambiar los cuadros de escarpas para así convertir sus fondos en una «exposición temporal». Esta responde al título de **El Palacio del Rey Planeta. Felipe IV y el Buen Retiro**, eco, sin duda, del persistentemente oscurecido trabajo de Steven N. Orso «In the Presence of the «Planete King»: Studies in Art and Decoration at the Court of Philip IV»(Princeton University, 1978). En efecto, la atracción del mecenazgo de Felipe IV –un Austria no tan «menor»– es muy fuerte del otro lado del Atlántico y ha hecho que, los españoles, olvidemos los estudios de Cruzada Villaamil, Elías Tormo, Diego Angulo y María Luisa Caturla, entre otros, para primar a algunos foráneos que como recordó J. M. Pita Andrade («Nuestros Maestros», *La Universidad Complutense y las Artes*, Madrid, 1995, p. 633) –refiriéndose a los de D. Elías– **«tanto aprovechó Jonhatan Brown»**. Precisamente el condecorado profesor norteamericano se ocupa en un artículo de circunstancias del *Catálogo* de «Felipe IV como mecenas y coleccionista» y en otro, de «El Palacio del Buen Retiro: un teatro de las artes». Más interesante es el de J. Alvarez Lopera –«La reconstitución del Salón de Reinos. Estado y replanteamiento de la cuestión»– en el cual propone una nueva ordenación de las pinturas y otra solución a la galería o balcón perimetral de la sala que podría solucionar las contradicciones en que nos movíamos.

Andrés Úbeda de los Cobos en «El ciclo de la Historia de Roma antigua» parece haberse perdido en el Laberinto de Creta y no en el Foro Romano; al final de su lectura no sabemos si hubo o no programa iconográfico o una simple acumulación aleatoria de pinturas.

«Los paisajes para el palacio del Buen Retiro» es el asunto encomendado a Giovanna Capitelli. La autora estudia con detenimiento las relaciones de estos lienzos con Nápoles y Roma pero, desgraciadamente, no conoce el artículo de Juan Martínez Cuesta («Pintura de eremitas en el Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial», *Felipe II y la Artes*, Actas del Congreso, Madrid, Universidad Complutense, 1988, p.p. 607-621) que le hubiera aclarado algunos de los problemas que ella misma se plantea.

Sin embargo el desconocimiento de la bibliografía española –¡qué tarea de difusión para el Instituto Cervantes!– no es privativo de los extranjeros pues en las fichas correspondientes a los *Trabajos de Hércules* que firma Leticia Ruiz, sorprendentemente, no hay mención alguna ni a Angulo ni a Caturla ni a Delenda... Para qué seguir.

Como *Archivo Español de Arte*, a diferencia de un centenario periódico capitalino, no tiene una sección de **Cultura y Espectáculos**, este gacetillero está perplejo a la hora de adscribir su crónica: ¿Exposición...? ¿Espectáculo...? interrogantes que quedan en el aire cuando desembarcamos del «buque insignia de la Cultura Española».

JUAN JOSÉ JUNQUERA

AEA, LXXVIII, 2005, 312, pp. 457 a 458

JUAN GRIS. *PINTURAS Y DIBUJOS 1910-1927*

(Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía,
Madrid, del 23 de junio al 19 de septiembre de 2005)

«Amo la emoción que corrige la regla», respondía Juan Gris a uno de los más conocidos aforismos de Braque («amo la regla que corrige la emoción»). En efecto, con esta frase se define perfectamente el «apasionado frío», el pintor cubista más clásico y puro, creador de obras donde se combinan a la perfección la riqueza del colorido y la racionalidad de la composición.

Un buen ejemplo de ello ha podido contemplarse en esta exposición. Ha sido el fruto de cuatro años de trabajo que han permitido reunir cerca de 250 obras del pintor, algunas de las cuales no se habían expuesto en España hasta la fecha. Para lograr ésta, que es la mayor muestra antológica celebrada sobre Juan Gris, se ha contado con los préstamos de instituciones museísticas y coleccionistas privados de casi todos los países de Europa y Estados Unidos. Comisariada por Paloma Esteban, la exposición hace hincapié en algunos aspectos poco conocidos del pintor como son su faceta de colorista, sus primeros años en el cubismo o sus dibujos.

Aparte de la selección de piezas, de la que destaca no sólo la cantidad sino también la calidad, resulta muy interesante el modo en que se ha estructurado el discurso expositivo. La muestra se desarrolla en varias salas de los edificios Sabatini y Nouvel, a los que se adapta perfectamente con un recorrido claro y ameno. Las características propias de cada espacio se han aprovechado, además, para separar, visual y conceptualmente, las creaciones de los últimos años de vida del pintor, orientadas cada vez más hacia la simplicidad y la claridad.

Aunque en la presentación de las obras se ha optado por un orden cronológico, se va más allá de la simple división de la producción del pintor en etapas. De esta manera se advierte también el peso del criterio estético en la disposición de las piezas, al agruparlas en función de sus características compositivas, su temática y su colorido. Esto pone de relieve no sólo el valor histórico de las obras dentro de una evolución estilística, sino también la indudable calidad plástica de las mismas.

Por otra parte, intercalar espacios dedicados a la obra sobre papel permite una mejor apreciación de ésta. Así, además, se evidencia la relación existente entre los dibujos, las acuarelas y las estampas con el resto de la producción de Gris, considerándolo todo a un mismo nivel, tal y como los concebía el artista.

Para dar constancia de esta exposición queda un extenso catálogo en el que han participado los especialistas Paloma Esteban, Tomás Llorens, Claude Frontisi, Emmanuelle Breton, Christian Derouet, Agustín Sánchez Vidal, Mercedes Marfagón y Ángel Serrano. En el primer volumen se tratan distintos aspectos de la vida y la obra de Juan Gris, dedicándose el segundo volumen al catálogo razonado de las obras expuestas, la biografía, la bibliografía y las exposiciones del pintor.

Acaso habría sido pertinente utilizar una parte de la gran cantidad de medios (económicos y humanos) con los que se ha contado, para aprovechar al máximo el potencial didáctico de una muestra de tales dimensiones. De esta forma se podría haber acercado a un público más amplio una figura de la relevancia de Juan Gris. No obstante, se trata de uno de los más destacados acontecimientos culturales celebrados este año en Madrid, avalado por los excelentes resultados de crítica y público obtenidos. Esperemos que iniciativas así no queden tan sólo en la memoria de unos pocos, sino que animen a seguir y mejorar el ejemplo, logrando resultados como éste.

NOEMI DE HARO GARCÍA
Instituto de Historia. CSIC